

ETHOS Y SOCIEDAD EN AMERICA LATINA

Perspectivas sistemático-pastorales *

por J. C. SCANNONE S. I. (San Miguel)

INTRODUCCION

Ante todo conviene ubicar la intención del presente aporte: no pretende hacer propuestas teológico-pastorales concretas, sino plantear algunas *perspectivas* teórico-prácticas *englobantes y fundamentales* que puedan orientar la acción pastoral en América Latina. Tales perspectivas suponen un previo intento de lectura, interpretación y juicio de los signos de los tiempos a la luz de la Revelación y de la comprensión del hombre que ella involucra, así como el esbozo de una teoría crítica acerca de la actual situación histórica mundial y latinoamericana, que sirva de ayuda a dicha lectura. Por supuesto que aquí no es posible explicitar ni la una ni la otra.

Sin embargo, aunque esas perspectivas intentan ser sistemáticas, a saber, fundarse en la comprensión filosófico-teológica antes dicha, ellas sin embargo desean ser pastorales, es decir, *orientar* la praxis tanto del pueblo de Dios en cuanto tal como de sus miembros. Aún más, según el ritmo del método "ver, juzgar, obrar" estiman haber partido de la praxis. Se colocan en continuidad con las perspectivas sistemático-pastorales abiertas en especial por *Gaudium et Spes*, Medellín, la *Evangelii Nuntiandi*, Puebla y la *Laborem Exercens*.

Con todo las perspectivas que proponemos no tienen en vista todos los campos de la praxis pastoral (ni de su relación con la praxis histórica en general) sino aquellos que se refieren más inmediatamente a la problemática "éthos y sociedad" en América Latina. De ahí que convenga decir una palabra acerca de nuestra comprensión de esos términos.

Entendemos por "éthos" el modo particular de vivir y habitar éticamente el mundo que tiene una comunidad histórica (un pueblo, una clase social, una comunidad religiosa, etc.) en cuanto tal en su historia. Por consiguiente la palabra "éthos" implica dos dimensiones estrechamente interrelacionadas, pero distintas.

* Ver la nota al pie de la página 3.

Por un lado señala el momento propiamente ético o moral: los principios vividos y valores comunes que orientan las opciones existenciales fundamentales de esa comunidad; y, por otro lado, la impronta antropológico-cultural de los mismos en la conformación de un “estilo de vida” histórico determinado, o modo peculiar (ético-cultural) de relacionarse con el sentido último, con los otros hombres y grupos de hombres, y con la naturaleza¹.

Cuando proponemos el tema: “*éthos* y sociedad”, entendemos por *sociedad*, en relación con el *éthos* y de alguna manera contradistinguiéndola del mismo, ante todo los momentos estructurales, organizativos e institucionales de la convivencia social. Ambos aspectos: ético-cultural y socio-estructural, se relacionan con el concepto de cultura presentado por el Documento de Puebla, que distingue en un pueblo el núcleo de valores y desvalores, y “las formas (en nuestro contexto pensamos ante todo en las formas sociales) a través de las cuales se expresan y configuran” —podríamos añadir: toman cuerpo social— “cuando no son impedidos o reprimidos por la intervención de otras culturas dominantes” (DP 387).

Sin embargo esa distinción entre *éthos* y sociedad no implica su contraposición, pues un *éthos* no se da ni se percibe sino en sus formas sociales, y la sociedad no es tal si no está informada por un *éthos*. Con todo son mutuamente irreductibles.

En el caso de América Latina el Documento de Puebla señala la incoherencia entre *éthos* y sociedad, a saber, entre un núcleo ético-cultural de valores básicamente impregnados por el sentido cristiano de la vida y “estructuras de pecado”, porque son fruto del pecado y generadoras de injusticia social, política, económica y cultural (cf. DP 436-7, 452, 281, etc.).

I. — ÉTHOS Y SOCIEDAD EN AMÉRICA LATINA SEGUN DIVERSAS ÓPTICAS TEOLÓGICO — PASTORALES

Antes de adelantar nuestro juicio acerca de la raíz de esa contradicción y la de su superación (Parte II), y desde ese diag-

¹ Juan Pablo II habla del *éthos* de un pueblo como constituido por un conjunto de principios y valores, en su Carta al Cardenal Casaroli creando el Consejo Pontificio para la Cultura (cf. *L'Osservatore Romano*, ed. esp., n. 701, 6 de junio 1982, pág. 391) y en una alocución a los Obispos de Lombardía (Ibidem, n. 685, 14 de febrero 1982, 110-112). Se puede consultar el art. “*éthos*”, escrito por H. Vorgrimler en: *Lexikon für Theologie und Kirche*, vol 3, Freiburg, 1959, col. 1136-37.

nóstico abrir otras perspectivas prácticas, tanto históricas (Parte III) como pastorales (Parte IV), tendremos en cuenta en esta Primera Parte algunas posiciones sistemático-pastorales que no son las únicas, ni quizás las más relevantes, pero que nos ayudarán a plantear la nuestra en las partes siguientes del presente trabajo.

Las dos posiciones que esbozaremos se caracterizan por tres rasgos que compartimos: 1) la relevancia dada al tema del *trabajo* para comprender tanto la relación entre *éthos*, cultura y sociedad como la raíz del conflicto social actual (en general y en América Latina); 2) la atención al problema del *sujeto ético-histórico* de trabajo, cultura y estructuración social; 3) el planteo explícito de la *misión pastoral de la Iglesia* con respecto a todas esas realidades.

1) La liberación de *éthos* y sociedad en América Latina

Existe una posición teológico-pastoral en América Latina que, reconociendo con *Gaudium et Spes* al trabajo como base de la cultura y, por tanto, del *éthos* cultural, desplaza con todo el acento del trabajo como *actividad* humana al *régimen* de trabajo o *sistema* de producción, poniendo a éste y al régimen de poder que en él se sustenta, como base del mundo de significados, valores y obras culturales².

Según esa posición, debido a tres “invasiones culturales” (la ibérica, la europea —sobre todo inglesa y francesa— del siglo XIX y la contemporánea, con fuerte hegemonía de los Estados Unidos) no se puede hablar de un *éthos* cultural latinoamericano sino de *varios*, heterogéneos y opuestos entre sí. Pues en cada una de esas tres invasiones la relación dialéctica de opresión en los planos del régimen de trabajo y de poder causó la desintegración de la cultura en la oposición entre la cultura de las clases dominadas y las dominadoras, dejando atrás, como “culturas en conserva” o, al menos, marginadas, las correspondientes a la dominación anterior. De ahí que tampoco pueda hablarse de uno; sino de varios *sujetos* histórico-culturales opuestos entre sí por la relación dialéctica de dominación. Es de notar que aun la cultura “moderna” de las actuales clases dominantes está alienada, porque es dependiente de los centros de poder económico y político, creadores de cultura, y no tiene por tanto contacto con la base de la cultura, que es el trabajo.

La misión de la Iglesia de evangelizar la cultura en América Latina no consiste para esa posición teológico-pastoral en *liderar*

² Cf. J. Comblin, “Evangelización de la cultura en América Latina”, *Puebla* n. 2 (1978), 91-109.

procesos culturales, sino en entrar en los dinamismos autónomos de la historia latinoamericana, en especial, en el proceso de liberación cuyo sujeto es el mismo pueblo oprimido que lucha por conseguirla. Algunos otros propugnadores de posturas semejantes cuestionan que la fe cristiana pueda hoy pretender *totalizar* el espacio cultural de una sociedad como la latinoamericana o *informar globalmente* la conciencia colectiva en el nivel nacional o continental³. Por el contrario, según ellos, la Iglesia debe contribuir —aunque con su aporte propio: pedagógico, tribunicio (de defensa de los pobres) y profético— a que la justicia y el amor exigidos por la fe se hagan *realidad* en las relaciones sociales, tanto en las conductas y prácticas como en las estructuras e instituciones, más que influir en el orden de los significados y símbolos culturales. Tales funciones arriba mencionadas le competen a la Iglesia en forma decreciente, mientras el pueblo va logrando su madurez secular; por su lado ella se irá convirtiendo —según la misma opinión— en una red orgánica de comunidades de base en medio de la diáspora del cuerpo social secular⁴.

Como vemos, a una determinada comprensión teórica de la relación entre trabajo, sociedad, cultura y evangelización y al diagnóstico acerca de la historia y situación latinoamericanas hechas a su luz, corresponde una determinada visión pastoral global referida a la relación entre Iglesia y mundo.

2) El “risorgimento” cultural latinoamericano y la nueva sociedad

Otros autores, también basándose en las afirmaciones de *Gaudium et Spes* y en su desarrollo y prolongación por la *Laborem Exercens*, van a afirmar asimismo al trabajo como base y creador de cultura. Pero, siguiendo más fielmente el espíritu de *Gaudium et Spes* van a fundarse en la distinción que explicita la *Laborem Exercens* entre trabajo subjetivo y objetivo. En la unidad del trabajo que es constitutivamente al mismo tiempo praxis ética dignificadora y perfeccionadora del sujeto y *poiesis* productiva y económica, es precisamente en el primer aspecto, intrínsecamente humanizante, que se funda la creación de valores éticos y culturales⁵. Tal concepción unitaria y de primacía de lo espiritual no

³ Cf. Cl. Boff, “Evangelização e Cultura”, *Revista Eclesiástica Brasileira* 39 (1979), 421-434.

⁴ Cf. Cl. Boff, “A Ilusão de uma Nova Cristandade”, *Revista Eclesiástica Brasileira* 38 (1978), 5-17.

⁵ Cf. R. Buttiglione, *L'uomo e il lavoro. Riflessioni sull'enciclica “Laborem Exercens”*, Bologna, 1982, donde se iluminan las afirmaciones de la encíclica a la luz del trabajo del Card. Karol Wojtyła: “Il problema del

descuida con todo —como tampoco lo hace Juan Pablo II— la consideración de las relaciones objetivas de producción como factor condicionante de la cultura, pero no constitutivo ni determinante de la misma⁶. De esa manera el momento contemplativo de la acción humana se une con el productivo y lo subordina, fundando así una espiritualidad del trabajo que informa desde dentro todas sus otras dimensiones (ética, cultural, social...), aun la estrictamente económica.

No se trata, por consiguiente, de que el régimen de trabajo funde la estructuración social y que ambos factores sean la base del *éthos* cultural, sino de que la dimensión ética del trabajo funda cultura y sociedad, en cuanto son humanas. De ahí que, si existen alienaciones sociales y culturales, su raíz es *ético-histórica*⁷, aunque la alienación sea, porque histórica, también socioestructural.

A la luz de tal comprensión teórica que, según creemos, es fiel al pensamiento de Juan Pablo II, se hace posible distinguir en la historia y la situación actual de América Latina —como lo hace Puebla— el influjo del Evangelio en la formación del *éthos* cultural latinoamericano fundamental y de su núcleo de valores, sin dejar de reconocer las fuertes injusticias socioestructurales que lo contradicen.

Por ello hay quienes, usando la expresión de A. del Noce y aplicándola a nuestra realidad, hablan de la necesidad (y actualidad) de un “risorgimento” latinoamericano, resurgimiento de un orden originario de valores que ha sido trasgredido y preterido en la historia⁸. Pues las raíces de la crisis no son —de acuerdo a esa posición— ante todo económicas o sociales sino culturales: el debilitamiento u olvido —sobre todo en el nivel de dirigentes— de los valores propios de la identidad cultural de la nación. Esta es concebida principalmente como realidad espiritual, moral y cul-

costituirsì della cultura attraverso la ‘praxis’ umana”, *Rivista di Filosofia Neoscolastica* 69 (1977), 513-524.

⁶ Ver lo que dice el Papa sobre este asunto en su alocución ante la UNESCO (*L'Osservatore Romano*, ed. esp., n. 598, 15 de junio 1980, 359-362), especialmente en el párrafo 8.

⁷ Sobre la “alienación” cf. la encíclica *Redemptor Hominis*, n. 15.

⁸ En la obra citada en la nota 5, R. Buttiglione dedica un capítulo al “risorgimento ispano-americano” (pág. 71-79). Una expresión similar es usada por A. Methol Ferré en: “El resurgimiento católico latinoamericano”, *Religión y Cultura. Perspectivas de la Evangelización de la cultura desde Puebla*, Bogotá, 1981, 63-124, y por varios autores latinoamericanos e italianos en: *Incontri* n. 8 (1982), “Si può parlare di risorgimento per l'America Latina?” (pág. 12-40).

tural, y como distinta del estado. En su cultura la nación¹ posee una unidad ética anterior a las divisiones ideológico-políticas.

Por tanto para esta línea el sujeto ético-histórico de la cultura y la liberación es la nación: en nuestro caso, la gran nación hispanoamericana (y lusoamericana), pudiéndose también hablar de las diferentes naciones hermanas que forman la Patria Grande latinoamericana.

En América Latina no se trata de construir la nación, sino de su "resurgimiento", porque ya existe una cultura latinoamericana con valores humanos profundamente éticos, estrechamente ligada en su génesis —como lo testimonia Puebla— a la fe católica, pero amenazada en dichos valores constitutivos tanto por los cosmopolitismos materialistas y economicistas (neocapitalista y marxista) como por los nacionalismos retóricos que los encubren. Sólo una nación unida y culturalmente consolidada —se piensa— es capaz de controlar los mecanismos internos económicos y políticos, así como de resistir a los imperialismos externos.

Esta línea de pensamiento se opone a la anterior no sólo en su comprensión de la interrelación entre trabajo, *éthos*, cultura y sociedad y en la del sujeto histórico, sino también en su concepción de la misión pastoral de la Iglesia. De ahí que el cotejo entre ambas resulte iluminador.

Para ella el Cristianismo tuvo un rol decisivo en la formación cultural de la nación, tanto en Europa como en América Latina, reconciliando en naciones las etnias opuestas; aún más, hoy en Polonia, la Iglesia, animando la cultura de la nación y aglutinando la conciencia nacional, da a la clase obrera autoorganizada un punto de unificación ético y cultural, y no político, que se manifiesta en el fenómeno original de "Solidarnosc". Según tal opinión la Iglesia está desempeñando allí el papel de "intelectual orgánico" de la clase obrera, la cual no asume una postura clasista, sino de liderazgo nacional. Tales interpretaciones sirven de pauta y modelo para la comprensión que esta corriente tiene de la misión de la Iglesia hoy en América Latina: la de ayudar a que trabajadores y naciones adquieran o acrecienten su subjetividad y la conciencia cultural de su unidad. Por tanto es parte de su misión la inspiración ético-cultural de la vida nacional y la custodia de los valores que la fundan. Tal misión no se refiere sólo a la jerarquía, sino al "pueblo de Dios, como alma que continuamente constituye ese sistema de vinculación orgánica que es la nación"⁹.

⁹ Cf. la respuesta de R. Buttiglione a un periodista, en: *Semana Social* 1984. *Sindicalismo, democracia y justicia social*, Buenos Aires, 1984, pág. 95.

II. — EL ACTUAL DESAFÍO A LA CULTURA Y LA SOCIEDAD EN AMÉRICA LATINA

Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia. Pues bien, siguiendo esa indicación de Pablo nos conviene discernir dónde está el pecado que es raíz del mal que afecta la relación *éthos* y sociedad en América Latina, para enfocar luego la labor pastoral que responda al desafío así planteado, descubriendo asimismo la acción previniente de la gracia que llama a la conversión personal y social. Trataremos de responder a esa cuestión antes de retomar —a la luz de esa respuesta— nuestro diálogo con las dos líneas sistemático-pastorales descritas en la Primera Parte.

Según la *Laborem Exercens* el trabajo es "*una clave, quizá la clave esencial, de toda la cuestión social*" (LE 3), considerada hoy no sólo como problema de la "clase" sino del "mundo" (LE 2). Pues para la encíclica el núcleo del conflicto social mundial (brecha cada vez mayor entre naciones ricas y pobres, entre ricos y pobres; conflicto ideológico entre Este y Oeste; amenazas provocadas por la nueva revolución (post-)industrial, a pesar de las esperanzas que puede encerrar) está dado por la *inversión economicista y materialista* que hace primar el capital (privado o público) sobre el trabajo y por la consiguiente antinomia creada entre ambos (LE 12 y 13). La raíz del conflicto es, por tanto, ética —y consecuentemente *ético-cultural*—, aunque aquél muestre toda su concreción, virulencia y agudeza en la dimensión económica y social.

A esa luz podemos recomprender las diferentes interpretaciones del desafío sociopastoral fundamental que se dan en América Latina durante el post-Puebla. Pues mientras algunos lo colocan en la *amenaza a la identidad ético-cultural* latinoamericana (desarraigo cultural y pérdida del sentido último) provocada por el secularismo moderno (tanto liberal-capitalista como marxista), otros lo ponen en la *situación estructural injusta y violenta* que, en vez de moderarse, se agudiza, haciendo cada vez más escandalosa la brecha que separa a pobres y ricos, y a naciones pobres o empobrecidas como las latinoamericanas, de los centros mundiales de la riqueza y el poder¹⁰. Por consiguiente, el problema es situado en el primer caso, preferentemente en el *éthos* y, en el segundo, en la sociedad.

¹⁰ Acerca de las diversas lecturas del Documento de Puebla, que corresponden a diversas interpretaciones del desafío central actual para América Latina cf. "Diversas interpretaciones latinoamericanas del Documento de Puebla", *Stromata* 35 (1979), 195-212. Esas líneas pastorales, aunque con nuevos matices, siguen todavía vigentes.

Como dijimos, la *Laborem Exercens* nos ayuda a comprender la unidad de ese aparentemente doble desafío. Pues al reconocer en el problema del trabajo la clave de la cuestión social descubre allí la raíz del conflicto tanto en el nivel ético, como en el cultural y en el socioestructural. En el nivel *ético*, porque la inversión economicista pone a las cosas (el capital, los medios de producción y los productos) sobre las personas (el trabajo subjetivo), sin respetar la dignidad ética del trabajo y los derechos de los trabajadores: allí está la raíz ética del mal social estructural, fruto de la acumulación y concentración de muchos pecados personales¹¹. También radica allí el conflicto en el orden *cultural*, pues se trata de una inversión *materialista y economicista* que deforma ideológicamente la cultura impregnándola de consumismo y de la idolatría del dinero, etc. o, por reacción, haciéndola entrar en la dialéctica ideológica de la lucha programada de clases. Así se amenaza, de un modo o del otro, la identidad cultural de nuestros pueblos, caracterizada por la comprensión cristiana de la dignidad del hombre y la apertura religiosa a la trascendencia. Además, como es obvio, tal inversión de la prioridad del trabajo es la raíz del conflicto en el orden *socioestructural*, pues basa la estructuración injusta de la producción y de la distribución de las riquezas, así como de la organización del poder social tanto en la empresa como en el orden nacional e internacional.

Desde la perspectiva abierta por la encíclica nos es posible reconocer en la formación, la historia y la situación actual del *éthos* cultural latinoamericano no sólo la presencia positiva de los valores propios del trabajo, sino también el influjo decisivo en éstos del sentido cristiano del hombre y de la vida, así como las alienaciones que los deforman. Es posible descubrir en el *éthos* de la clase trabajadora (obrera, campesina, marginada) latinoamericana tanto la impronta ético-cultural humana y cristiana previa a eventuales deformaciones o manipulaciones ideológicas posteriores cuanto las nuevas síntesis vitales que ya se están dando entre los valores tradicionales y los modernos. Desde ahí es factible plantear la superación de las alienaciones y aun la transformación de las estructuras para que ellas expresen y articulen socialmente dicho *éthos*.

¹¹ La Exhortación Apostólica post-sinodal "Reconciliatio et Paenitentia" dice: "la Iglesia, cuando habla de *situaciones* de pecado o denuncia como *pecados sociales* determinadas situaciones o comportamientos colectivos de grupos sociales más o menos amplios, o hasta de enteras naciones y bloques de naciones, sabe y proclama que estos casos de *pecado social* son el fruto, la acumulación y la concentración de muchos *pecados personales*" (cf. L'Osservatore Romano, ed. esp., n. 833, 16 de diciembre 1984, pág. 829).

En su historia el pueblo latinoamericano tomado en su conjunto pudo *resistir* culturalmente —sobre todo en los sectores de trabajadores más humildes— las agresiones culturales secularistas, a pesar de la opresión en los niveles social, político y económico. Hoy la agresión economicista (tanto del neocapitalismo liberal como del marxismo) se ha hecho tan *totalizante, sistemática y reductora*, que amenaza no sólo su corporalidad social, hasta el límite de la miseria creciente que pone en peligro aun la subsistencia física, sino que, a la par, amenaza también su alma o núcleo de valores, hasta el límite de hacer peligrar su propia identidad histórico-cultural. No se trata de dos desafíos sino de las dos caras (como cuerpo y alma) de uno solo; pero la conciencia de dichos límites plantea también la posibilidad real y la tarea ética, cultural y social de la superación de la inversión economicista.

Pues donde abunda el pecado, esperamos que sobreabunde la gracia. Estimamos que tanto el despertar de los pueblos de nuestro Continente como la revalorización de su historia y su cultura, así como también la opción preferencial de la Iglesia latinoamericana por los pobres, su opción pastoral por la continua evangelización de la cultura y por la liberación integral para la comunión y la participación —que el Documento de Puebla testimonia— son signos de la acción de la gracia, que hay que saber discernir de posibles interpretaciones falseadas, para colaborar inteligentemente con ella en la conversión personal, social y aun estructural. Sólo tal conversión de la inversión *supera de raíz la antinomia* entre trabajo y capital, estructurando la sociedad según el principio de la sustancial y efectiva *prioridad* del trabajo humano y de su *participación* eficiente en todos los niveles (cf. LE 13).

III. — EL SUJETO HISTORICO DEL NUEVO ÉTHOS Y LA NUEVA SOCIEDAD

A partir de las perspectivas sistemático-pastorales abiertas por la II Parte volveremos ahora a dialogar con las líneas teológico-pastorales brevemente esbozadas en la Primera. Pues también nosotros, como ellas, asumimos la comprensión de *Gaudium et Spes* retomada por *Laborem Exercens* acerca del trabajo como base de *éthos* y sociedad, pero —colocándonos en nuestra interpretación de esos textos más cerca de la segunda línea que de la primera— no nos fijamos principalmente en el *régimen objetivo* de trabajo sino en el *trabajo subjetivo* mismo, es decir, en su dig-

nidad ética y creadora de valores éticos y culturales. No por ello descuidamos su "tomar cuerpo" social y económico ni el peligro de alienación que nace de una estructuración del trabajo que invierte materialísticamente su esencial prioridad ética sobre sus instrumentos de producción y sus productos.

Luego de haber diagnosticado en la II Parte la raíz pecaminosa del mal social en América Latina y la de su superación, continuaremos ahora nuestro diálogo con dichas posiciones. En esta III Parte abordaremos la cuestión del *sujeto histórico* de esa superación; luego, en la última Parte de nuestro trabajo, enfocaremos cuál es la *misión pastoral* de la Iglesia en relación con él.

En el título de este capítulo hablamos no sólo de una nueva sociedad, sino también de un nuevo *éthos*; pero no lo hacemos porque estemos de acuerdo con la primera posición arriba reseñada, acerca de la desintegración y alienación culturales de América Latina, sino porque, coincidiendo en esto con la segunda, estimamos que la moderna sociedad industrial y post-industrial nos desafía a que el *éthos* latinoamericano, sin dejar de ser sí mismo, con todo asuma y transforme los valores y las estructuras válidas de esa sociedad, creciendo y transformándose desde dentro.

Por nuestra parte juzgamos, junto con una larga tradición histórica y política latinoamericana, que el sujeto histórico del nuevo *éthos* y la nueva sociedad, así como de la lucha por ir consiguiéndolos, es y debe ser el *pueblo*. Debido a la ambigüedad (no por pobreza, sino por riqueza) de ese término en la historia y en la actualidad latinoamericanas, trataremos de explicitar el sentido que le damos. Ello servirá también para que luego concreticemos la misión evangelizadora del pueblo de Dios con respecto a nuestro pueblo en su vida cultural y social.

Entre los significados de esa palabra hay dos que cobran especial relevancia en nuestro contexto. Ambos se refieren a un sujeto colectivo, pero cuya unidad y diferenciación son comprendidas en forma diversa: 1) pueblo entendido como pueblo-nación, como sujeto de una misma historia, cultura y proyecto de bien común; 2) el pueblo oprimido, es decir, las clases, razas y culturas oprimidas, cuya unidad está dada por esa oposición dialéctica de opresión¹². Ambos conceptos responden, respectivamente, a la

¹² En diversas ocasiones hemos tratado del concepto "pueblo": remitimos sobre toda a la expresión más elaborada hecha en "Volksreligiosität, Volksweisheit und Philosophie in Lateinamerika", *Theologische Quartalschrift* 164 (1984), 203-214, en especial pág. 204-206 (cf. el original castellano de estas últimas páginas en: *III Congreso Internacional de Filosofía Latinoamericana, Ponencias*, Bogotá, 1985, pág. 276 ss.). Con un enfoque distinto cf. P. Ribeiro de Oliveira, "¿Qué significa analíticamente 'pueblo'?", *Concilium* n. 196 (noviembre 1984), 427-439.

segunda y la primera de las líneas teológico-pastorales arriba mencionadas.

Estimamos que al menos de hecho en América Latina ambos conceptos poseen una conexión intrínseca que posibilita reconocer lo válido de cada uno de ellos. Pues en América Latina el pueblo como sujeto histórico-cultural tiene su lugar de mayor condensación en los pobres y empobrecidos, quienes más fuertemente resistieron a la agresión cultural y preservaron el núcleo ético de valores (históricamente evangelizados) del pueblo-nación: no en vano ellos están en contacto más estrecho con las bases éticas de la cultura, como son la vida y el trabajo. Pues la continua amenaza de la muerte sobre la vida, y el dolor que provoca la inversión economicista que oprime al trabajo, aunque a veces provocan desviaciones éticas y culturales, pueden ser también incentivo para que se les resista desde el amor a la vida (la propia, la de los suyos, a toda vida) y desde la dignidad y solidaridad creadas por el trabajo.

Por consiguiente preferimos hablar de *pueblo*, y no sólo de nación o de clase (sin negar la utilidad de estas categorías), para afirmar en unidad ambos elementos: la unidad ética, histórica y cultural del pueblo-nación, anterior por naturaleza a las divisiones que la desgarran, y el hecho de que esa unidad en América Latina sea una *unidad contradictoria* (aunque no reducible a la contradicción, sino posibilitándola y trascendiéndola)¹³. Pues no sólo está tensionada sino que de hecho ha sido y está siendo traicionada por el anti-pueblo. Pero son los que más sufren las consecuencias de esa traición: el pueblo trabajador empobrecido, quienes, resistiendo, no sólo conservan más cabalmente los factores unificantes de toda la nación, sino que pueden y deben liderar el proceso de liberación de todos en una sociedad más justa y más humana. Esta ha de corresponder a los valores del *éthos* cultural y a la decisión ético-política de bien común que unifican al pueblo-nación.

Asumimos entonces muchas afirmaciones básicas de la segunda línea acerca de la nación, pero explicitando lo arriba afirmado sobre el pueblo; y también aspectos importantes de la

¹³ Tomo la expresión "unidad contradictoria", del Documento de Trabajo: "Dimensión histórica de la filosofía latinoamericana", publicado en *Sic* (Caracas), 1985. Al afirmar que esa unidad no es reducible a la contradicción, sino que le es previa (*natura prior*) y la posibilita, y, a la vez la trasciende, posibilitando también su superación, aludimos a la "dialéctica" (o analéctica) esbozada en nuestro artículo: "La mediación histórica de los valores. Aporte desde la perspectiva y la experiencia latinoamericana", *Stromata* 39 (1983), 117-139. Allí mismo explicamos los conceptos de "éthos cultural" y "resistencia cultural".

primera línea, sin caer en la negación de la *unidad* plural (y aun contradictoria) de la cultura latinoamericana y de su sujeto histórico.

IV. — LA MISIÓN PASTORAL DE LA IGLESIA CON RESPECTO A ÉTHOS Y SOCIEDAD EN AMÉRICA LATINA

No trataremos aquí de *toda* la misión evangelizadora de la Iglesia, sino que plantearemos algunas perspectivas sistemático-pastorales referidas solamente a la evangelización del *éthos*, la cultura y la sociedad latinoamericanas.

Las dos líneas teológico-pastorales a las que aludimos más arriba también se oponen en este punto. Por nuestra parte pensamos con Comblin que de suyo no le corresponde a la Iglesia *liderar* procesos culturales y sociales, sino que ella debe respetar la *autonomía* de los pueblos en su creación de cultura y su conformación social. Pero sí le compete denunciar lo anti-humano que afecte la cultura o la sociedad, y tratar de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio la conciencia colectiva y las estructuras de la sociedad, aun en el nivel nacional o continental, pero sin pretender totalizar totalitariamente el espacio cultural, sino respetando tanto la autonomía de las dimensiones seculares como también el legítimo pluralismo dentro de la sociedad.

Sin embargo no deseamos propugnar una autonomía secularista ni un pluralismo de corte liberal. Juzgamos que la evangelización de cultura y sociedad, tarea ineludible de la Iglesia, no supone una especie de deducción de los sistemas culturales y sociales desde el sistema religioso ni una información directa de ellos por la fe cristiana, sino que implica un influjo *indirecto* de la misma en el *éthos* de los pueblos, en el núcleo ético-sapiential de su cultura y en el horizonte englobante de sentido del hombre y de la vida que le es propio. Tal influjo ético y antropológico no sólo respeta (y sana) la autonomía de las otras dimensiones de la vida cultural y social, sino que permite una pluralidad de opciones distintas (religiosas, ideológicas, políticas, etc.) en el seno del *éthos* de un mismo pueblo. Pues aun cuando el fermento evangélico no sólo fructifique en valores y actitudes meramente humanos, sino también en valores y actitudes que sólo las virtudes teologales y el espíritu de las bienaventuranzas pueden originar en la vida personal e indirectamente en la cultura, con todo tales valores y actitudes, por ser profundamente huma-

nos pueden ser también reconocidos y compartidos por los no cristianos¹⁴.

El aporte de la Iglesia a cultura y sociedad está, por tanto, mediado por lo plenamente humano: tanto por una praxis vivida que una en sí y sintétice vitalmente las instancias espiritual (aun teologal), ética, cultural y social, sin confundirlas, cuanto mediante su comprensión del hombre, porque la Iglesia es "experta en humanidad" y brinda desde el Evangelio a cultura y sociedad sus orientaciones y críticas antropológicas mediante sus enseñanzas sociales.

La misión de la Iglesia es, por consiguiente, la de acompañar y no la de suplantar a los pueblos como sujeto de su historia, su cultura y su liberación social. Tal influjo y acompañamiento se extiende tanto al nivel de los valores y significados como al de las prácticas y conductas ético-históricas y al de las estructuras e instituciones sociales: la evangelización de la cultura tomada en sentido integral, como la entiende Puebla en continuidad con la *Evangelii Nuntiandi*.

Sin negar la función profética y pastoral de la jerarquía, compete sobre todo a los laicos como miembros del pueblo de Dios inmersos en las distintas dimensiones e instituciones de su pueblo, la misión de unir en sí mismos y en las comunidades de distinto tipo que forman, la vivencia de la fe con la vivencia de la cultura de su pueblo y la de la justicia, aun estructural, para ir logrando cada vez más y mejor la *síntesis vital* entre fe, cultura tradicional latinoamericana y cultura moderna. Desde una tal praxis será posible inspirar *teorías* en los distintos niveles de la ciencia que correspondan a esa praxis y sirvan para su ahondamiento y crecimiento. Pues no sólo es posible una transferencia analógica de actitudes prácticas de una dimensión a otra de la vida humana, sin desmedro de su irreductibilidad y autonomía, sino también —en base a dicha transferencia práctica— la transferencia analógica de perspectivas teóricas y horizontes de comprensión en los distintos niveles de la teoría, la ciencia y la técnica. Ese puede ser otro aporte indirecto de la evangelización a la cultura, la ciencia y la tecnología¹⁵.

¹⁴ Para ampliar lo expuesto en el texto remitimos a los trabajos: "Influjo de *Gaudium et Spes* en la problemática de la evangelización de la cultura en América latina", *Stromata* 40 (1984), 87-103, y "Hacia una pastoral de la cultura", *Ibidem* 31 (1975), 237-259. En su mensaje "Urbi et Orbi" de la Navidad 1984 el Santo Padre afirma de la Iglesia: "Con la fuerza de esta bienaventuranza (de los pobres) desea *transformar* a los hombres, la sociedad y los sistemas" (Cf. *L'Osservatore Romano* n. 835, 30 de diciembre 1984, pág. 865).

¹⁵ Acerca de esas "transferencias analógicas" cf. mi artículo: "La

Por todo lo dicho nos parece conveniente evitar las expresiones: “la Iglesia como intelectual orgánico” (de una nación, de la clase obrera...) o como “alma” de la cultura nacional de un pueblo. Pues, aunque ellas puedan ser comprendidas en la línea de lo afirmado hasta aquí en esta IV Parte de nuestro trabajo, con todo, si se las toma estrictamente, pueden amenazar tanto la libre *trascendencia* de la Iglesia con respecto a las culturas como la *autonomía* de éstas y el *pluralismo* de la sociedad latinoamericana.

Eso no impide que sea parte integrante de la misión de la Iglesia en América Latina la tarea de apoyar al pueblo latinoamericano —en especial al pueblo pobre y trabajador— en la reafirmación de su subjetividad histórica y unidad ético-cultural nacional y latinoamericana, a través del “resurgimiento” de sus valores originales (en los cuales tanto influyó la evangelización), para que ellos tengan la fuerza histórica de estructurar una sociedad justa y participativa donde el trabajo tenga la prioridad sobre la tecnología y el capital. Aún más, es parte importante de su misión en nuestro Continente el *ministerio de la reconciliación* entre etnias, clases sociales, naciones hermanas, la cual necesariamente incluye la *conversión* personal y social y la *reparación* eficaz del mal acarreado sobre todo a los más débiles (los pobres, los indígenas, los trabajadores, los subempleados o desempleados...). Momento ineludible de ese ministerio de reconciliación es la tarea de mediación y reconciliación entre las élites latinoamericanas (culturales, científicas, técnicas, políticas, empresariales, militares, etc.) y el pueblo trabajador —al que no pocas veces traicionaron— en la unidad ética y cultural del pueblo-nación orientada según la opción preferencial por los pobres.

Por todo lo dicho en la Segunda Parte, la pastoral social de la Iglesia, aunque dirigida a todo el pueblo-nación, ha de tener especial cuidado de la evangelización del mundo del trabajo para curar de raíz la inversión pecaminosa de la prioridad que el trabajo debe tener sobre tecnología y capital. En América Latina la afirmación de la prioridad del trabajo coincide con la opción preferencial por los pobres, pues éstos forman la enorme multitud de los trabajadores, sufren más en carne propia los efectos de dicha inversión estructural y son quienes, a través de sus organizaciones libres, pueden asumir el liderazgo en la lucha por una sociedad más justa y más concorde con el *éthos* cultural de la

racionalidad científico-tecnológica y la racionalidad sapiencial de la cultura latinoamericana”, *Stromata* 37 (1981), 155-164, donde me inspiro en algunas afirmaciones de Jean Ladrière.

nación latinoamericana, impregnado del sentido cristiano del hombre y del trabajo.

La subordinación y opresión del trabajo por el capital y la tecnología, y la antinomia que así nace entre ellos no se va a superar sólo mediante reivindicaciones económicas —por más necesarias y urgentes que sean—, ni siquiera sólo mediante la lucha por el control político de tecnología y capital (hoy en gran parte transnacionales) de parte del estado nacional, sino que necesita ser también planteada en el plano *ético-cultural*. Se trata, por un lado, de impregnar de los valores éticos surgidos del trabajo humano los estilos tecnológicos y de organización de las empresas, etc. y, por otro lado, para poder ir lográndolo eficazmente, se trata de ir creando comunidades vivas con finalidades económicas, sociales y culturales —como se expresa la *Laborem Exercens*—, tanto en el nivel local y regional como en los niveles nacional, continental y aun mundial, las cuales puedan ayudar a controlar eficientemente el capital y la tecnología mediante mecanismos de participación debidamente determinados. Pues bien, tanto en la promoción de esos valores como en el fomento e inspiración de dichas comunidades vivas y de la real participación de todos —incluidos los más preteridos— en ellas y en la gran comunidad, el modelo comunitario de la Iglesia (por ejemplo, a través de sus comunidades eclesiales de base u otras formas semejantes) y su influjo evangelizador de la cultura pueden tener una importancia decisiva en América Latina.

No pretendemos detenernos ahora a plantear estrategias o tácticas pastorales que acompañen al pueblo latinoamericano en la conformación del nuevo *éthos* (fruto de su resurgimiento y de la asunción de los valores modernos que ahora se esgrimen contra él) y de la nueva sociedad. Sólo deseábamos proponer algunas perspectivas sistemático-pastorales que puedan orientar esas tareas pastorales concretas. En diálogo con dos líneas de acción y reflexión existentes en América Latina nos limitamos a plantear tres perspectivas que consideramos clave para nuestra situación actual mundial y latinoamericana; a saber: la relación fundante entre trabajo, cultura y sociedad; el pueblo como sujeto histórico de la nueva relación entre ellos que hoy se necesita; y la misión pastoral de la Iglesia referida a la evangelización del trabajo, el *éthos* cultural y la sociedad en América Latina.